

La investigación en el Archivo Apostólico Vaticano

P. Ismael Arevalillo García, OSA

Adentrarse en el principal Archivo de la Iglesia católica ofrece a los historiadores un auténtico mar de documentos, cartas, pergaminos..., que son el testimonio desde el siglo VIII hasta el siglo XX, de una historia, tradición y fe. Ubicado en el zona oeste del Estado Vaticano, junto al patio llamado Cortile del Belvedere, y tal y como indica en su página web, el Archivo desarrolla su actividad específica de custodia y valoración de los actos y documentos que atañen al gobierno de la Iglesia universal, ofreciendo un servicio al Romano Pontífice y a la Santa Sede, y en segundo lugar, a los estudiosos.



Actualmente el Archivo está constituido por 600 Fondos, colocados en 85 Km. de estanterías. Todos los documentos están indexados, con lo que su localización y signatura, generalmente con la ayuda de una persona experta, no resulta tarea

excesivamente costosa.

Ya he indicado cualquier persona tiene acceso a estos escritos, basta con solicitar el permiso correspondiente para poder acceder a la sala de estudio, y una vez aceptada la petición y expedida la tarjeta de acceso, los técnicos del archivo y personal al servicio del mismo, desde el primer momento, están muy disponible para cualquier duda o cuestión que pueda surgir.



Como toda institución, ésta también tiene una serie de normas: no se pueden sacar fotos, no se permite entrar con bolígrafos, y el periodo de investigación no puede superar los tres meses consecutivos. Junto al Archivo se ubican la Biblioteca Vaticana, la Escuela de Paleografía y Diplomática, donde todas las mañanas un número muy significativo de estudiantes aprenden mencionadas disciplinas.

Una vez que he comentado, a grandes líneas, en qué consiste el Archivo Vaticano y algunas de sus características, les expongo mi actividad dentro del mismo.

Desde el pasado mes de septiembre estoy en la Ciudad Eterna, junto a San Pedro, donde la Orden de San Agustín tiene su Curia General y el Colegio Internacional Santa Mónica, lugar de residencia de estudiantes de todos los lugares donde la Orden está presente. A escasos 10 minutos a pie está la llamada Puerta de Santa Ana, entrada lateral al Vaticano, y también al Archivo; es el corto recorrido que hago todos los días. Tras el correspondiente control de acceso por parte de la Guardia Suiza y de la Gendarmería Vaticana, entro en el Archivo.

Mi área de investigación, en estos momentos, centrada en el Fondo de la Nunciatura de Madrid - dividida en secciones que comprenden



los mandatos de cada uno de los nuncios apostólicos - está focalizada en el estudio de conventos agustinos en España: permisos de fundación, de cierre, desamortizaciones, destrozos en la Guerra Civil, funciones de gobierno y diversas cuestiones. La cantidad de documentos relativos a la Orden Agustiniense depende de las épocas. Recuerdo que un día encontré un legajo muy interesante del año 1899 que hacía referencia a la expulsión de los agustinos calzados de Filipinas y de cómo esta situación obligó al provincial de la misma a buscar una salida para los frailes en el campo de la educación en los colegios; tal decisión fue comunicada al nuncio en Madrid, Giuseppe Francica.

Dependiendo de los periodos históricos, los documentos ofrecen un estado de conservación mejor o peor, lo mismo que su escritura; pues sabido es que no es lo mismo leer un documento del siglo XVI, escrito en letra cortesana o procesal, que a veces requieren el auxilio de una lupa, que uno del siglo XX que ya está mecanografiado, y que me permite ir con mayor rapidez en el trabajo.



La verdad es que yo siempre digo que la investigación en el Archivo es como el tiempo: “días buenos y días malos”; pues en este sentido siempre los investigadores somos como “los aventureros”, nunca se sabe lo que nos vamos a encontrar y si vamos a hallar entre los papeles y libros algo que nos interese; y si lo encontramos, es el punto de partida para ir siempre “un poco más allá”.

